

# ECUADOR Debate<sub>120</sub>

Quito/Ecuador/Diciembre 2023

## Desafíos contemporáneos globales



Récords económicos del gobierno de Lasso

Conflictividad socio-política:  
Julio-Octubre 2023

La globalización fragmentada:  
una discusión conceptual

La transición energética  
en clave geopolítica

Crisis alimentaria global

Deslocalizando la "crisis"  
de la movilidad migrante y el control

Análisis de impacto  
de la inteligencia artificial

Daniel Noboa y el ejercicio del  
"poder terrateniente"

En Chile falló la conducción del proceso

La corrupción judicial:  
concepto y dinámicas. La Corte  
Constitucional de Ecuador

Perfil sociodemográfico de los ministros  
del gobierno de Lenín Moreno 2017-2021

## **Desafíos contemporáneos globales**

### **Comité Editorial**

Alberto Acosta, José Laso Rivadeneira, Simón Espinoza, Fredy Rivera Vélez,  
Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero, Eduardo Gudynas

### **Directores**

Francisco Rhon Dávila (1992-2022)

José Sánchez Parga (1982-1991)

### **Coordinadora/Editora**

Lama Al Ibrahim

### **Asistente Editorial**

Gabriel Giannone

**ISSN: 2528-7761**

### **ECUADOR DEBATE**

Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 - 2523262

E-mail: revistaec@caapecuador.org

www.caapecuador.org/revista-ecuador-debate

### **SUSCRIPCIONES**

Valor anual, tres números:

Exterior: USD\$. 51.00

Ecuador: USD\$. 21.00

Ejemplar suelto exterior: USD\$. 17.00

Ejemplar suelto Ecuador: USD\$. 7.00

### **Portada y diagramación**

David Paredes

### **Impresión**

El Chasqui Ediciones

---

Ecuador Debate, es una revista especializada en ciencias sociales, fundada en 1982, que se publica de manera cuatrimestral por el Centro Andino de Acción Popular. Los artículos publicados son revisados y aprobados por los miembros del Comité Editorial.

Las opiniones, comentarios y análisis son de exclusiva responsabilidad del autor y no necesariamente representan la opinión de *Ecuador Debate*.

Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente: © ECUADOR DEBATE. CAAP.

# | ÍNDICE

**PRESENTACIÓN** 5-9

## **COYUNTURA**

---

**Récords económicos del gobierno de Lasso** 11-33  
Wilma Salgado Tamayo

**Conflictividad socio-política** 35-47  
Julio - Octubre 2023  
David Anchaluisa

## **TEMA CENTRAL**

---

**La globalización fragmentada: una discusión conceptual** 49-69  
Oscar Ugarteche

**La transición energética en clave geopolítica** 71-84  
Maristella Svampa y Melisa Argento

**Crisis alimentaria global, financiarización de los alimentos  
y graves problemas de gobernanza** 85-99  
Marco Romero Cevallos

**Deslocalizando la "crisis" de la movilidad migrante y el control** 101-118  
Soledad Álvarez Velasco y Carmen Gómez Martín

**Análisis de impacto de la inteligencia artificial en los derechos  
y libertades de las personas** 119-133  
Luis Enríquez Álvarez

## DEBATE AGRARIO

---

Daniel Noboa y el ejercicio del "poder terrateniente" 135-153  
Stalin Herrera y Anahí Macaroff

## ANÁLISIS

---

En Chile falló la conducción del proceso 155-173  
Raúl Borja

La corrupción judicial: concepto y dinámicas.  
La Corte Constitucional de Ecuador en perspectiva comparada 175-196  
Santiago Basabe-Serrano

Perfil sociodemográfico de los ministros del gobierno  
de Lenín Moreno 2017-2021 197-226  
Henry Patricio Allán Alegría

## RESEÑAS

---

Rupturas presidenciales: las acciones de la fuerza pública  
ante movimientos no-violentos del Ecuador en 1997, 2000 y 2005 227-231  
Pablo Ospina Peralta

*al zur-ich*, más que un proyecto, un recurso estratégico.  
Memorias del Encuentro de arte y comunidad al zur-ich (2003-2017) 233-235  
Ana Carrillo

## En Chile falló la conducción del proceso

Raúl Borja

*Este artículo, fechado en febrero de 1974, pocos meses después del derrocamiento de Salvador Allende, es una temprana evaluación de lo que fue el gobierno de la Unidad Popular, electo en 1970 y derrocado el 11 de septiembre de 1973. El mismo se encontró atrapado en la confrontación con el centro y la derecha, y aún más con las propias contradicciones dentro de la alianza gubernamental. El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) jugó un papel central en la dinámica de crítica al presidente Allende. Uno de los mayores límites al proceso no solo fue la beligerante oposición de derecha y centro, sino la trama conflictiva al interior de la izquierda en el marco de una radicalización de la movilización popular.*

### Nota Aclaratoria\*

*“La vía chilena es aquella que nos hemos trazado sobre la base de nuestra historia, de nuestras tradiciones y de nuestra idiosincrasia; hemos elegido actuar dentro del ámbito de la democracia burguesa para transformarla en una auténtica democracia socialista”*

Salvador Allende. Discurso en Viña de Mar, 13 de febrero de 1971.

El 11 de septiembre de 2023 se cumplieron cincuenta años del derrocamiento del gobierno de Salvador Allende. El tiempo transcurrido es una ocasión para evocar un gobierno de izquierda que cerró un largo ciclo de la historia de Chile. La excesiva violencia del golpe militar, el bombardeo del palacio de La Moneda y la desproporcionada represión a las organizaciones políticas y sociales de la izquierda permanecen como hechos impactantes que pueden ser rememorados con múltiples fuentes escritas y audiovisuales. La dictadura de Augusto Pinochet fue también la implantación de un modelo neoliberal que reestructuró radicalmente la sociedad y la política.

El triunfo de Salvador Allende como candidato presidencial de la Unidad Popular (UP) en 1970 –que fue una coalición de partidos políticos de izquierda entre los que estaban el Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Radical,

---

\* La Nota Aclaratoria realizada fue realizada por el Dr. Hernán Ibarra, miembro del Comité Editorial de la Revista. En términos generales se ha realizado solo una revisión formal a la versión original del artículo.

Movimiento Popular Unitario (MAPU), la Izquierda Cristiana y otras pequeñas agrupaciones– abrió un proceso inédito en la historia de América Latina, la conquista del gobierno por la vía electoral. El Partido Comunista, fundado en 1922, y el Partido Socialista, creado en 1933, eran las fuerzas de izquierda predominantes en Chile. Estos dos partidos y otros agrupamientos formaron en 1956 el Frente de Acción Popular (FRAP) que operó como una coalición electoral hasta 1969 cuando se constituyó la Unidad Popular.

Salvador Allende (26 de junio de 1908-11 de septiembre de 1973), proveniente de una familia tradicional de clase media alta y médico de profesión, fue inicialmente un dirigente regional fundador del Partido Socialista en 1933. Su larga carrera política implicó su paso por la gestión pública como Ministro de Salubridad, Previsión y Asistencia Social durante el gobierno de Pedro Aguirre Cerda entre los años 1939 y 1942. Tuvo un desempeño parlamentario como senador entre 1945 y 1953; luego, entre 1953 y 1961. Fue candidato presidencial en 1952, 1958, 1964 y 1970. En las elecciones de 1958, Allende perdió por apenas 40.000 votos ante el candidato conservador Alessandri.

Para las elecciones de 1964, la contienda fue con Eduardo Frei Montalva del Partido Demócrata Cristiano (PDC), que obtuvo el 55,8% y Allende que alcanzó el 38,64% de la votación. La contienda de 1964 era entre la “revolución en libertad” propuesta por el PDC y la “revolución socialista” enarbolada por la izquierda. Durante el gobierno de Frei, se expidió una importante Ley de Reforma Agraria en 1967 y se desarrolló la sindicalización campesina.

En su gobierno también se impulsó la nacionalización parcial del cobre. Estas importantes reformas hicieron que corrientes de ultraderecha llamaran a Frei el “Kerensky chileno”, haciendo un símil con el liberal que antecedió a Lenin en Rusia. Una disidencia izquierdista del PDC formó en 1969 una nueva agrupación, el Movimiento de Acción Popular Unitario, que será luego una organización constitutiva de la UP.

En las elecciones de 1970, Salvador Allende obtuvo el 36,3% de los votos, Alessandri, de la derecha, 34,9% y Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana, 27,8%. El gobierno de Allende constituyó la culminación de un largo periodo de estabilidad política entre 1932 y 1973. Para que esto ocurriera fue clave la Constitución de 1925 que incorporó derechos sociales políticos y estructuró un régimen presidencialista. Esta Constitución, con algunas reformas, se mantuvo vigente en el gobierno de la Unidad Popular.

El programa de gobierno de la UP tenía aspectos nacionalistas, como la estatización del cobre, la profundización de la reforma agraria, la creación del área de

propiedad social de la economía, la ampliación de los derechos sociales y políticos, entre los que estaba una reforma educativa.

El senador socialista italiano Lelio Basso argumentó en 1971 que la legalidad podía ser utilizada y también transformada para producir reformas profundas. La experiencia histórica de la izquierda y el movimiento obrero europeo señalaban como se había realizado un largo curso de incorporación de derechos sociales y políticos sin cambiar el régimen capitalista. En el caso chileno también había existido un dilatado proceso iniciado en los años treinta de inserción de fuerzas políticas de izquierda en la institucionalidad. Lo que estaba en juego, según Basso, era la factibilidad de producir cambios legales profundizando las reformas con la capacidad de control del ejecutivo y apoyados en la movilización popular.

Al margen de la Unidad Popular se hallaba el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), fundado en agosto de 1965. Con una base predominante de estudiantes de clase media, llegó a tener una relativa influencia en los pobladores y pequeños sectores de trabajadores y campesinos. El MIR provino del elenco de organizaciones insurreccionales y de izquierda radical alentadas por la revolución cubana. Proponía que el poder se debía conquistar por la vía armada. Luego del triunfo de la Unidad Popular, el MIR organizó el Grupo de Amigos Personales (GAP), un cuerpo armado destinado a la protección de Allende.

Entre los análisis más tempranos de la experiencia de la Unidad Popular y el derrocamiento de Allende se encuentran *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende* (1974) de Joan Garcés, así como, *Vida y muerte del Chile popular* (1974) de Alain Touraine. Ubicado en el conflictivo presente de aquel tiempo, Garcés reveló los problemas más irresolubles del gobierno, que se encontraba entrampado en una institucionalidad que difícilmente podía ser cambiada. Este joven asesor jurídico español de Allende situó la problemática del uso de la legalidad en lo que se pensaba era una transición al socialismo. Touraine, testigo de la candente coyuntura anterior al derrocamiento, relata día a día, a modo de un diario, los conflictos, la escena política y los actores entre julio y septiembre de 1973. Sus apuntes describen el comportamiento de los actores y los escenarios cambiantes de días intensos. La objetividad del sociólogo francés no deja de expresar la angustia de una situación que marchaba hacia el abismo. En agosto de 1973 sus entradas al diario registran el creciente papel del gremialismo movilizad por la derecha y la brecha entre el MIR y la UP. Los elementos de radicalización del proceso, la aguda confrontación y la dificultad de una real conducción política aparecen claramente junto a una crisis económica, inflación y desabastecimiento.



Tomás Moulian en *Chile Actual. Anatomía de un mito* (1997) interpretó los cambios que trajo el modelo neoliberal instaurado por Pinochet y la salida que significaron los gobiernos de la Concertación. Exploró el fracaso del gobierno de la Unidad Popular, con el problema central de una revolución pensada en un camino pacífico que se enfrentaba a la posibilidad de un cambio violento en el marco de una sociedad acostumbrada a la institucionalidad y los pactos. Moulian se aparta de la idea de que el régimen de Pinochet fue una dictadura fascista y más bien la define como una revolución capitalista que puso fin a la vía chilena al socialismo. Pone atención a la ciudadanía neoliberal con la creación de individuos centrados en el consumo y los medios personales de ascenso social. De allí que los actores políticos no tendrían más que asumir como dados los marcos institucionales del neoliberalismo definidos por la Constitución de 1980.

Indudablemente, la reforma agraria fue un asunto fundamental que se instaló en Chile desde la década de 1960. Implicó agudos conflictos que sobre todo tenían que ver con el alcance de los límites a la propiedad. *La trama oculta del poder: reforma agraria y comportamiento político de los terratenientes chilenos, 1958-1973*, (2016), de Oscar Oszlak relata el modo en que La Sociedad Nacional de Agricultura (SNA) el principal gremio de los terratenientes chilenos enfrentó la amenaza que trajo primero la Ley de Reforma Agraria de 1967 expedida en el gobierno de Frei que también facilitó la sindicalización campesina; y luego el mayor alcance de la redistribución de la propiedad agraria durante el gobierno de Allende. La SNA, era un poderoso gremio fundado en el siglo XIX que había logrado en diversas épocas incidir en las políticas agrarias. Con un tejido de lazos familiares y políticos se proyectaba en el parlamento y la opinión pública.

Los dieciséis años de la dictadura de Pinochet concluyeron en 1989, dejando sin embargo en los gobiernos de la Concertación el legado de una sociedad neoliberal. Los intentos insurreccionales armados y de movilización no tuvieron capacidad de proponer una alternativa radical.

La figura de Salvador Allende se encuentra detalladamente narrada por Eduardo Labarca en *Salvador Allende. Biografía sentimental* (2014). Esta ágil biografía le otorga una dimensión humana a Allende en el marco de su esencial vida política. Sus lazos familiares, su carrera política, personalidad y su carisma emergen como detalles de una trayectoria de vida. Determinados aspectos de la vida privada de Allende corresponden a su gusto por la buena mesa, el vino, afición al teatro y sus actrices, su faceta de conquistador y su capacidad para manejar relaciones extra matrimoniales. Labarca, un conocedor de los círculos sociales y políticos de la izquierda chilena, recurre a muchas fuentes escritas y testimoniales. La dinámica

de los acontecimientos tiene una celeridad especialmente en los tumultuosos días de agosto y septiembre de 1973. El suicidio de Allende adquiere la naturaleza de un gesto de honor y dignidad,

Para el tema de la memoria de los participantes de la época de la Unidad Popular, una referencia relevante es *Rebeldes, reformistas y revolucionarios* (1992) de José del Pozo. En este estudio de historia oral sustentado en entrevistas, se identifican el origen social de los militantes de izquierda, sus experiencias vitales y las vivencias durante esa época. Es muy notable como reflexionan sobre su pasado y evalúan los eventos de acuerdo a su participación. Las relaciones con las orientaciones políticas radicales o reformistas emergen dentro de marcos sociales y familiares.

Esta nota aclaratoria solo tiene la intención de ofrecer una visión sintética de lo que fue el gobierno de la UP, mencionar algunos textos que aportan a una perspectiva y la memoria de lo que fue esa época.

Para la edición del artículo se realizaron correcciones formales y se han incorporado unas notas al pie de página que se consideraron indispensables.

\*\*\*\*

Cuando estuve viviendo en Alemania como refugiado político luego de salir de Chile después del golpe del 11 de septiembre de 1973, escribí este artículo y lo envié a Quito a los compañeros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), donde aún militaba. Ellos lo publicaron inmediatamente en la revista *Debate Mir Causa Proletaria*, año 2, número 5. En esa misma edición fue reproducida una entrevista a Miguel Enríquez, secretario general del MIR de Chile, algo que es importante destacar, pues los dos artículos son visiones totalmente diferentes de la comprensión de lo que había sido el proceso del gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende entre 1970 y 1973. Por obvias razones, el artículo de mi autoría apareció publicado con un seudónimo: Andrés Segovia. El texto que ahora transcribo es casi idéntico al publicado en la revista, salvo unas pocas modificaciones de sintaxis, quedando en mí poder el texto original a modo de facsímil. Desde entonces han transcurrido cincuenta años y mucha agua ha corrido bajo los puentes. Ahora hay valiosas crónicas y análisis interpretativos de esos sucesos y del proceso chileno en su conjunto, por lo que —reconozco— el valor relativo del documento publicado fue (es) que la reflexión la hice tan solo después de cinco meses de aquel desgraciado desenlace del 11 de septiembre de 1973, que lo escribí solo procurando dar un aporte a la reflexión de la militancia del MIR ecuatoriano.

Mi criterio sobre lo que pasó en Chile es –dada la cercanía– una apreciación sintética, crítica e incompleta de lo sucedido. Es necesario conocer –además– que hasta hoy no se han publicado análisis integrales sobre el asunto en cuestión, al menos ningún partido de la izquierda chilena lo ha hecho, e igual, creo, ninguno de los teóricos que vivieron en Chile hasta el 11 de septiembre ha encarado aún este desafío. Algo explicable, pues, en general las personas que vivieron ese proceso, y más que todo el fulminante ataque de la reacción chilena, no quieren hablar del asunto, es como si un trauma causado por semejante derrota obligara a la gente a tratar el tema solo en medio del silencio. Los partidos de la izquierda chilena afrontan ahora la difícil tarea de sobrevivir al ataque mortal que Pinochet desató desde el 11 de septiembre. Esa es hoy su labor prioritaria. El análisis sesudo del proceso ya vendrá más adelante. Por supuesto que al hablar ahora de los partidos de la izquierda chilena no lo hacemos acerca de los organismos que conocimos antes del 11 de septiembre. El golpe es tan fuerte que muchas de las características de aquellos partidos han quedado como un recuerdo histórico invaluable. Eso para unos; para otros, como una evocación impregnada de justo orgullo. Quizás para la mayoría de la militancia de la izquierda chilena que ha sobrevivido, aquel es un recuerdo doloroso, lo que explica el silencio y –aún más– la ausencia de crítica.

En ese contexto de la derrota se explica en buena medida –además– una actitud que prevalece, por la cual sobre esa fatídica circunstancia unos partidos culpan a otros por la derrota. Así es como, por ejemplo, el MIR señala a los reformistas, o sea al Partido Comunista, a buena parte del Partido Socialista Chileno, al Partido Radical (liberales de izquierda), como también a los allendistas, esto es, a quienes se movían detrás y alrededor de la personalidad de Salvador Allende. Incluso se menciona a Allende, por ser el principal conductor del proceso, los militantes del MIR le señalan como el conductor de la derrota. Por el otro lado, los partidos así señalados acusan a “los ultras” (el MIR) como los principales culpables de que el proceso político no haya culminado tal como estaba previsto desde un principio, lo que se reflejaba a modo de un proceso contenido en el Programa de los 30 Puntos de la Unidad Popular. Todo este intercambio de acusaciones mutuas hoy no es público, aunque el mundo se da perfecta cuenta de aquello. En otros lugares, en Cuba por ejemplo, este debate es a fondo entre los dirigentes de la Unidad Popular y del MIR, que han llegado allá en condición de exiliados; igual cosa sucede en Roma o París. A mi criterio, tal cual sabré razonarlo después, estas acusaciones son unilaterales y carentes de autocritica, por lo mismo, poco contribuyen a una rectificación que se deba

hacer para la prosecución del proceso chileno en las nuevas condiciones. Y, por qué no decirlo, en beneficio del proceso latinoamericano.

Para analizar las causas de la derrota habría que remitirse a todo el pasado político chileno anterior a la década del 70. El triunfo de Allende fue un resultado buscado y previsible, dadas las condiciones del desarrollo productivo, social y político de ese país. Hubo fuerzas políticas de la izquierda chilena que se dieron perfecta cuenta de aquello y supieron darle al proceso anterior al triunfo de 1970 el sentido correcto. El Partido Comunista, por ejemplo, hizo lo posible y necesario para lograr el triunfo electoral que permitió su llegada al poder del gobierno central.

Recordemos que también fuera de Chile sucedían mediaciones a favor del triunfo electoral: por caso, en la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en 1967 en la Habana, se le dio al proceso chileno un trato especial, previendo que por sus condiciones sociales y políticas particulares se avizoraba un triunfo electoral de la izquierda sobre la derecha en las elecciones de 1970; esto, si es que se unían principalmente los dos partidos de izquierda más importantes de Chile, el Comunista y el Socialista. Entonces, en La Habana, en la Conferencia de la OLAS se impuso un criterio político objetivo entre quienes optaban por los procesos de lucha armada, incluyendo la delegación del MIR chileno que tuvo –eso sí– una tribuna en esa reunión continental, de modo que siguió manteniendo buenas relaciones con Cuba, empero, se abstuvo de empujar el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile. No obstante este giro circunstancial del MIR chileno, este partido adoleció otra vez de dogmatismo en el manejo de la táctica política del proceso chileno *ad portas*.<sup>1</sup>

El triunfo electoral no solo era posible en Chile, sino que también era necesario, dadas sus condiciones particulares de desarrollo económico, de avance social y de polarización política. La conquista del gobierno en 1970 era necesaria para alcanzar el poder total dentro de un proceso histórico previsible. Esto lo entendieron perfectamente las fuerzas de la derecha y la reacción, también el gobierno de Estados Unidos y la CIA. Pero la conquista del gobierno central no era la del poder en su conjunto. Como tal, el reformismo acechaba a las fuerzas de la izquierda que, desde un enfoque revolucionario, latían en el proceso chileno. En la Unidad Popular se había sostenido que aquella conquista del gobierno

---

<sup>1</sup> Un estudio reciente sobre el MIR, basado en documentación desclasificada de la CIA, permite observar la trayectoria de esta organización política radical. Ver: Téllez Lúgaro, Eduardo, Felipe Novoa Saldías y Nicolás Iturra Fonseca. 2023. "El Movimiento De Izquierda Revolucionaria según La CIA, 1967-1971". *Cuadernos De Historia* 58 (junio): 333-353. DOI: <https://n9.cl/kz5vq> (Nota de los editores).

central serviría de “palanca” para la toma del poder total. En términos teóricos esa parecía ser una estrategia correcta y necesaria. Mas, ya en el proceso de hacer gobierno, esto era diferente. Contribuyeron a la derrota tanto los que no apoyaron al gobierno de Allende, porque tenían la vista fija en el dogma de que participar en la lucha política electoral –que forma parte del mismo régimen contra el que se lucha– es trazar con el sistema burgués, es caer en el reformismo, es traicionar a los objetivos de la revolución socialista. De otro lado, también contribuyeron a la derrota los que no hicieron de la conquista del gobierno (con todo lo importante que aquello implicaba) la palanca para el asalto al poder total. Creo que el dogmatismo se sumó al reformismo para hacer fracasar la revolución.

Las masas pocas veces pecan de dogmatismo. En ellas la dialéctica de la historia se genera espontáneamente, eso mismo las ubica en el plano de reconocer los avances y retrocesos del proceso y procesarlos en su conciencia en relación con el compromiso. Las masas van sintiendo la revolución y son el pulso de la misma. Quiénes no entienden esto, aun cuando hagan el papel de dirigentes políticos, conducen a las masas al fracaso.

En Chile las masas fueron al acto electoral de 1970 conscientes de lo que querían: un gobierno popular por el que habían luchado más de treinta años y que en una ocasión hasta lo tuvieron, esto como resultado de la alianza de los partidos políticos de izquierda en el FRAP (Frente de Acción Popular). Pero esa oportunidad se la perdió al final, también por efecto de la tremenda oposición desatada por los enormes intereses imperialistas del salitre, el cobre y el hierro. Más tarde, en 1958 estuvieron a las puertas de ganar las elecciones y solamente un solapado fraude electoral les arrebató el triunfo. Para 1964, cuando ganó Eduardo Frei, la unión de la oligarquía, la burguesía y la llamada clase media chilena triunfó electoralmente ante las fuerzas de izquierda. Por todo esto, el triunfo de la Unidad Popular en 1970 era un logro histórico merecido y fraguado en medio de las largas luchas políticas de casi medio siglo de los obreros, mineros y campesinos chilenos, correspondiendo plenamente a su grado de conciencia de clase. Allí estaba enraizado el valor revolucionario de la jornada de 1970. Entonces, la dirección era sin duda la cabeza pluripartidista de la Unidad Popular, destacando Salvador Allende. Quiénes se apartaban de esta realidad lo hacían también de las masas. Y esto sucedió en cierta medida con el MIR chileno.

Durante el transcurso del gobierno popular las masas empezaron a labrar realmente su destino en esta nueva fase de la revolución chilena. Al menos así lo sentían –por ejemplo– los obreros de las empresas estatizadas, que gobernaban en buena medida los destinos de sus centros de producción y empezaban a construir

de modo concreto el socialismo en Chile. Aparte de esto, un número considerable de personas, que estaba en el carro del proceso por motivos diferentes a los que identificaban a la clase obrera, fue ganando poder de decisión. Elementos que iban ascendiendo en posiciones dentro del aparato del Estado y en la Unidad Popular, a costa de la larga lucha de las masas populares y que ahora veían la oportunidad y los modos de satisfacer sus apetitos y aspiraciones de ascenso social, pues tenían a “su presidente”, a “su compañero Allende” en el gobierno.

No obstante, las masas sentían más el peligro de la revancha reaccionaria interna y del imperialismo que el que representaba la burocracia enquistada ya sea en los partidos de la Unidad Popular, en sus organismos de masas, empezando por la CUT (Central Única de Trabajadores)<sup>2</sup> y hasta en el círculo cercano del presidente Allende. Pero quien advertía abiertamente de ese peligro interno para el proceso no tenía el suficiente peso político entre las masas, ni para que el gobierno le escuche, ni para que las masas tomen conciencia de la verdadera magnitud del peligro que representaba la burocratización del proceso. El MIR hacía cabeza de esta posición crítica, que se revelaba en denuncias públicas al burocratismo del proceso. Lo hacía respaldado por importantes sectores populares, principalmente de pobladores semiproletarios. Estos sectores sentían el peso mayor de los trámites de corte burocrático por parte de aquellos funcionarios que estaban en los ministerios y demás organismos públicos, gracias a su entrega incondicional a la línea política de la Unidad Popular. Aquellos sectores populares vivían las peores condiciones materiales y sociales desde hace muchos años atrás y, por eso mismo, exigían soluciones efectivas a sus demandas al gobierno popular de Salvador Allende. Empero, sentían en carne propia los obstáculos del legalismo, del formalismo, de los hábitos burocráticos. Antes aquello se explicaba en otro contexto, dada la presencia de los funcionarios de la derecha enquistados en los lugares claves de la administración pública. Peor aún, muchos de esos burócratas “momios” siguieron obstaculizando la labor del gobierno popular, haciendo de “quinta columna”, lo que era parte de la estrategia de la derecha para debilitar al gobierno de Salvador Allende. Pero ahora esas masas tenían junto a sí a un gobierno popular electo por ellas, frente al cual debían sacrificar toda la riqueza creadora de su presencia política, ante la conducta del burócrata con carnet de la Unidad Popular, del señor Ministro de la Unidad Popular, de su corte de funcionarios. Obviamente, también del presidente Allende.

<sup>2</sup> La historia del movimiento obrero chileno y sus relaciones con la política desde comienzos del siglo XX hasta 1970, los orígenes y trayectoria de la CUT, está muy bien expuesta por Alan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*, Era, México D.F., 1974 (Nota de los editores).

Durante el proceso, el MIR había cometido numerosos errores políticos a consecuencia de su inapelable apego al esquema de pensamiento sobre la lucha armada como la vía para la toma del poder total. Errores que se proyectaban al presente. Por aquello, Salvador Allende, las burocracias de los principales partidos de izquierda chilena, la burocracia de la CUT y una gran cantidad de oportunistas se aprovecharon de que el MIR se había equivocado con insistencia respecto al apoyo al gobierno popular para acusarle ante las masas de “ultrismo”, de colaboracionismo en la práctica con la derecha golpista, etcétera. De modo que, aquella crítica justa que hacía el MIR y otros pequeños sectores militantes de la izquierda (los trotskistas, por caso) se topaba contra toda una maquinaria desprestigiadora. De modo que, entonces, las luchas internas en el seno de la izquierda se fueron agudizando, cayendo en episodios que solo servían a la desorientación de las masas y al fortalecimiento de la reacción. En conclusión, los errores se fueron incrementando, combinándose, complementándose, fortaleciendo a la reacción. Entre tanto, las masas seguían confiando en su gobierno, como el hijo hace con su padre; pero cada día, en vez de desarrollar sus poderes creativos y revolucionarios, el proceso tendía a entregar más responsabilidades a las burocracias y a un elenco de oportunistas y aprovechadores.

La riqueza del proceso político de masas en Chile se había fraguado en muchos años de lucha electoral. Evidentemente, uno de los valores más importantes de ese proceso era la forja de la conciencia de las masas, particularmente de la clase obrera; se había realizado en un largo trecho de tiempo, en medio de luchas frontales contra los intereses capitalistas. Pero, al rendir culto a esta forma de adquirir conciencia política de las masas, había quienes suscribían el legalismo, el parlamentarismo, el constitucionalismo burgués, el respeto a las instituciones del estado burgués y a otros valores políticos e ideológicos del sistema. A este efecto, yo destaco a Salvador Allende como el mejor ejemplo del dirigente fraguado en esas largas luchas de los trabajadores chilenos, pero aferrado a ese estado de la conciencia política. Por supuesto, en muchas ocasiones a Allende le tocaba rendir respetos públicos a esa carga valorativa, ideológica y política burguesa, porque era el presidente de la República, el personaje más visible dentro de un estado burgués. Además, Allende se encontraba bajo la lupa de ese poder instituido, vigilado por la prensa de la derecha, atacado por la reacción. Él estaba obligado a manejar una actitud de condescendencia a ese entramado del sistema. No obstante, como dirigente de masas debía trascender aquello, pues lideraba desde la Presidencia un proceso que pretendía ser revolucionario y socialista. Esto era válido también para los dirigentes políticos de los partidos de la Unidad Popular

que formaban parte del gobierno, que más que responder al Estado, debían estar inmiscuidos entre las masas, sintiendo los latidos de su consciencia, orientando el desarrollo revolucionario del proceso.

Creo que Salvador Allende, así como esos dirigentes de los partidos de la Unidad Popular y los dirigentes de las masas, principalmente de la CUT, no pudieron ponerse al ritmo de los sucesivos avances y retrocesos de esa consciencia de las masas. Solo veían lo epidérmico del fenómeno en curso. Eran incapaces de entrar de lleno en un proceso de revolución de sus consciencias, demasiado anquilosadas por el tipo de trajinar político de Chile y el tiempo transcurrido. En consecuencia, ellos también cada día se apartaban más peligrosamente de las masas y esto coartaba el salto cualitativo de la consciencia de las masas hacia la toma plena del poder.

Ya hice mención a la consciencia de las masas en 1970. La Unidad Popular desde entonces sacó provecho de esto a través de sucesivas campañas políticas. Conviene destacar, por ejemplo, la coyuntura de las elecciones municipales realizadas en todo el país a los seis meses de ascendido el gobierno, en marzo de 1971, cuando la Unidad Popular obtuvo un rotundo triunfo en las urnas y elevó su electorado de un 37%, cuando ganó Allende, este fue cercano al 50%. Hay que destacar que durante todas esas campañas, la tendencia general no era la de preparar a las masas en la lucha política en sí, pues los dirigentes se contentaban con su activa presencia en los actos electorales y utilizaban algunos de los métodos y estilo de trabajo, similares a los que también empleaban las fuerzas reaccionarias, pues la lucha electoral tiene una cancha con líneas trazadas, demostrando así su apego al régimen político burgués, su poco interés en la educación revolucionaria de las masas y su falta de compromiso en torno a desarrollar la consciencia política de los trabajadores.

De todos modos, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la Unidad Popular volvió a alcanzar un relativo triunfo logrando cerca del 44% del electorado, quedando atrás con poco de la coalición de la derecha (PN y DC). Esto creó nuevas ilusiones en los dirigentes de masas de la izquierda. Pecando de triunfalismo, ellos transmitían un sentimiento a las masas de que ese triunfo electoral aseguraba no solo la permanencia del gobierno popular hasta el final de su periodo de seis años (1976) –por tanto, la vigencia de todo el programa político de la Unidad Popular–, sino que en las elecciones presidenciales próximas era posible ganar y continuar con el proceso de cambios por la vía democrática y pacífica, por un nuevo periodo de gobierno de seis años. En conclusión, en los actos electorales y de masas de 1973 se transpiraban todos los apegos a la política



burguesa por parte de los altos dirigentes de masas. Y si bien esos triunfos servían para consolidar posiciones alcanzadas durante el gobierno de Allende, también creaban ilusiones en las masas a consecuencia del oportunismo de altos dirigentes políticos de la Unidad Popular, o de su ilusionismo político. Ellos no alcanzaban a comprender el movimiento dialéctico de ese proceso, el sentido y límite de los avances y retrocesos. Pero a pesar de la influencia de este tipo de dirigentes, las contradicciones generadas en el proceso pudieron más en el desarrollo de la conciencia del pueblo.

Hasta aquí se han expuesto algunas de las más importantes características de la izquierda chilena durante el tiempo del gobierno popular. Ahora se dirá que la reacción chilena –donde destacaban dos partidos: el Partido Nacional y la Democracia Cristiana– tuvo variadas conductas y respuestas desde el momento que se conoció el triunfo de Salvador Allende en marzo de 1970. Sin embargo, hubo una reacción que día a día se fue aclarando más y más, concentrando la reacción de la derecha. Esto es, la seguridad de que solo mediante la oposición radical, firme e irreconciliable al gobierno se lograría un debilitamiento suficiente que impidiera que se alcancen los objetivos programáticos. La derecha chilena tuvo siempre contradicciones internas, más que todo dentro de la Democracia Cristiana, pero nunca descansó en aquella campaña de oposición contumaz, de constante desprestigio en los grandes medios de comunicación, de alineamiento de la Iglesia Católica y –en suma– de búsqueda del debilitamiento al gobierno de Allende.

Consecuentemente, el choque de intereses y aspiraciones políticas entre las masas y la reacción era cada día más claro, no había lugar a equivocaciones de interpretación, a mantener esperanzas en una vía conciliatoria. La conciencia política de las masas había alcanzado tal nivel en la lucha diaria contra las fuerzas reaccionarias internas e internacionales, que comprendió que llegaría el momento en que las propias acciones de esas fuerzas de la derecha obligarían a las masas a exigir a su gobierno que actúe de modo contundente y radical, que responda con fuerza a la reacción. En esas circunstancias, la conciencia de las masas sobrepasó los niveles de confianza en la lucha pacífica por el socialismo, esa singular estrategia chilena para alcanzar paso a paso el poder total. Sin embargo, ese histórico momento no lo marcó el gobierno de Allende sino la reacción chilena. Fue inmediatamente después del primer intento de golpe militar, el 29 de junio de 1973. Ciertamente, hubo fuerzas militantes dentro de la Unidad Popular y desde afuera, particularmente el MIR, que siempre insistieron en la vigencia de esa voluntad de la reacción de impedir que Salvador Allende gobierne por seis

años y cumpla el programa político con que la Unidad Popular ganó en 1970. Y si en determinados momentos el MIR no manejó con inteligencia este asunto y su crítica al gobierno parecía no tener medida, en cambio, con el pasar de los días, ante las evidencias de que la reacción golpista amagaba desde la derecha, esas posiciones críticas mostraban que tenían la razón de su parte.

Estaba claro: solo la violencia organizada de las masas posibilitaría enfrentar a la derecha y tomar el poder total, de modo que la tarea más importante en ese momento era lógicamente organizar el poder popular. Por lo mismo, todas las demás acciones, tanto las del gobierno como las de la CUT y demás organismos de masas, debían ponerse al servicio de la organización del poder popular. Pero esta presunción tenía fuertes adversarios dentro de la Unidad Popular, al interior del Partido Socialista Chileno, del MAPU, de la Izquierda Cristiana. El mismo presidente Allende y sus funcionarios incondicionales, los burócratas incrustados en las esferas del gobierno y amparados con el carnet de alguno de los partidos de la Unidad Popular, muchos dirigentes de la CUT aferrados a sus esquemas políticos tradicionales, a sus posiciones burocráticas y a su estatus social, ascenso alcanzado de repente y celosos de sus privilegios logrados, todas estas fuerzas no coincidían en que esta presunción tenía visos de realidad.

Aquel momento de auge de la conciencia política de las masas chilenas, resultado del intento fallido del 29 de junio de 1973, fue el tiempo preciso para empezar a desplazar definitivamente del poder a la reacción. Esta, o por lo menos sus sectores más inmediatistas, habían fallado en el golpe militar. Esto sirvió no solo para despertar la ira de las masas, sino también para hacer crecer la confianza en su fuerza, potenciar su conciencia de la necesidad del uso de la violencia revolucionaria. La avalancha popular inmediata fue sorprendente y se expresó a partir de la tarde de aquella fecha del frustrado golpe militar, no solamente con marchas de miles de personas enardecidas, sino mediante la toma masiva de industrias, de fundos a los terratenientes, en las movilizaciones de sectores suburbanos de pobladores pobres. En el bloque reaccionario de clases y partidos de la derecha cundió el miedo al constatar la ira del pueblo y su movilización combativa. Dentro de las fuerzas armadas creció la simpatía de los militares progresistas, pues los oficiales fascistas habían demostrado su incapacidad táctica y política, y se habían auto identificado como golpistas y no-democráticos. Las bases populares demócratas cristianas cercanas al senador Radomiro Tomic se acercaron de modo espontáneo a las bases de la izquierda, perfilando una unidad de clase encomiable. Es decir, la izquierda ganó en número, lo contrario de lo que estaba sucediendo en el bloque reaccionario de clases.

Por todas esas razones, ese era el momento preciso para impulsar un ataque a fondo por la toma de todo el poder. Pero entonces, no solo que se demostró la incapacidad de los más destacados líderes de la izquierda para proyectar una salida estratégica a tan singular situación. También se revelaron de modo franco las consecuencias de no haber previsto tal crisis del poder burgués, así como de haber desperdiciado treinta meses del gobierno popular, de haber desgastado la fuerza creadora de las masas en un conjunto de campañas políticas importantes, pero menos importantes que la organización del poder popular que precisaban las masas para las nuevas circunstancias.

El 29 de junio de 1973 fue el primer intento de golpe militar. Entonces temblamos de ira e impotencia al constatar que no podíamos contraatacar a fondo a una reacción desesperada, aterrorizada, desechada por el fracaso de la intentona. Además, no sabíamos cómo hacer para sumar a las fuerzas progresistas que de soslayo se manifestaban dentro de las fuerzas armadas. Impotencia que se sintió en todos los partidos de la Unidad Popular, inclusive en el MIR, que, a diferencia de los partidos de la UP, no había gozado –si cabe el término– de las oportunidades tenidas por los partidos que habían participado en el gobierno. El 29 de junio y en los siguientes días se demostró que esos partidos eran eficaces para organizar campañas electorales y mítines, pero incapaces para dirigir a las masas en la toma del poder total. Mejor dicho, la primera y segunda semana de julio de 1973, la conciencia de las masas creció de modo imponderable, sin embargo, los partidos y los dirigentes del proceso no aprovecharon esas condiciones para organizar y liderar la toma del poder total. Se evidenció su incapacidad política y organizativa. Entonces empezó a fraguarse la última etapa del gobierno popular y la primera etapa de su derrota. Se demostró que todos los partidos de la izquierda chilena habían dejado a un lado la preparación de las masas para poder desempeñarse en ese momento histórico, que de antemano se sabía que era inevitable.

No obstante, hay que hacer algunas especificaciones. El MIR no estaba implicado en el control del Poder Ejecutivo, lo que influyó limitando sus posibilidades de desarrollo como fuerza política en el periodo del gobierno popular y, de modo particular, en la preparación para enfrentar lo que se veía venir y disponer lo que se requería para salir adelante en ese momento de desconcierto de la burguesía y de ascenso de las masas provocados por el intento fallido de golpe de Estado habido en junio. Esto hay que decirlo, sin desconocer tampoco que el gobierno de la Unidad Popular garantizó que no se desate la represión del Estado, lo que no hubiese sucedido con cualquier otro régimen burgués, que habría desatado su fuerza represiva contra un partido como el MIR, con planteamientos radicales.

Hay que destacar también lo que sucedía dentro del Partido Socialista Chileno. Dentro de este partido se procesaba desde tiempo atrás un debate intenso sobre el asunto de la preparación militar de sus integrantes para afrontar debidamente la posibilidad de que se desate una lucha con las fuerzas reaccionarias. El Partido Socialista Chileno había estado siempre hegemonizado por una pequeña burguesía de izquierda, sobre la significativa y enorme militancia de origen obrero y campesino. En aquel debate se perfilaban las tendencias oportunistas del partido, los dirigentes legalistas aferrados a la esperanza de que el sistema capitalista en su conjunto sea derrocado con orden, respetando la institucionalidad y con la fuerza de la razón electoral. Dirigentes que se aprovechaban de su proximidad al gobierno de Salvador Allende para alcanzar privilegios materiales, en muchos casos expropiados a la burguesía industrial y los terratenientes chilenos en nombre de la legitimidad del proceso en marcha. Fuerza de derecha dentro del partido, que se enfrentaba a una tendencia radical conformada más que todo por los cuadros socialistas jóvenes.

La disputa de tendencias dentro del Partido Socialista Chileno se revelaba también entre quienes manejaban el aparato sin que las bases obreras y campesinas tengan una participación decisiva. Este partido fue históricamente un aparato electoral eficiente, con una amplísima base popular, con direcciones donde predominaban los intelectuales y burócratas profesionales, con sectores que a raíz de la revolución cubana empujaban las tesis de la toma del poder por medio de las armas, aunque sin mayores muestras de consecuencia práctica con dicho planteamiento. De esa manera, durante todo el periodo del gobierno de Salvador Allende, la lucha por esos planteamientos tácticos y estratégicos sobre la toma del poder político adquirió un carácter retórico. La tendencia oportunista y burocrática al menos fue consecuente con sus planteamientos de siempre, en cambio los llamados radicales dentro del Partido Socialista se pasaron los tres años del gobierno de la Unidad Popular haciendo todo lo que se quiera, menos preparándose con conciencia para lo que pregonaban. Lo más peligroso de esto fue que con su radicalismo mintieron a las masas, pues llegado el momento de mostrar en la práctica una forma revolucionaria de la vía armada, no sólo que no había nada planificado, sino que esa verborrea se convirtió en miedo en muchos de sus más notables exponentes.

Todo esto se hizo más palpable aún después del 29 de junio y en adelante, pues quiénes militaban en el Partido Socialista y pudieron vivir de cerca esa situación comprendieron el sentido de la hojarasca de la postura de los radicales, donde se demostraba la demagogia y la actitud falsa de tal posición. Cuando se

requerían dirigentes para la lucha, lo que se mostró es ambición de ser llamados comandantes. Cuando el proceso exigía militantes preparados militarmente, se encontraron elementos que desconocían el A B C de la materia, charlatanes del asunto, esto es, de los aspectos tácticos y estratégicos de la guerra revolucionaria. Cuando se requerían militantes preparados para enfrentar las nuevas condiciones, se encontraron algunos elementos de base que podían defender a tal o cual dirigente del partido, o asustar a unos cuantos militantes de Patria y Libertad, pero nunca cuadros listos para enfrentar a los cuerpos militares. Por último, cuando se requerían planes e ideas sobre el enfrentamiento militar que se veía venir, se constató una confusión o propaganda en muchos casos de quienes se reconocían como jefes militares. La lucha dentro del Partido Socialista se prolongó a todo nivel, pues, además de esa disputa entre los llamados reformistas y los radicales, se pudo apreciar una inútil pugna entre militantes que deseaban ascender posiciones que nunca las habían labrado. Entonces, todos querían ser comandantes y ninguno ser soldado. Esto condujo a que tampoco el Partido Socialista pudiera aprovechar las condiciones de la crisis posterior a junio.

En el Partido Comunista de Chile el asunto tuvo un carácter diferente. En este partido nunca se hicieron públicas las discusiones sobre la necesidad o no de optar por la lucha armada para la toma del poder total o al menos para defender al gobierno popular frente al golpe previsto. Una vez que las masas empezaron a presionar con fuerza para que el gobierno adopte una conducta firme contra la reacción, el Partido Comunista dijo que se oponía al uso de la violencia porque cuidaba la sangre del pueblo y que sabía muy bien que, en una guerra civil, en un enfrentamiento militar de clases, correría mucha sangre del pueblo chileno; pero que, si la reacción intentaba arrebatarse el triunfo popular con medios violentos, el Partido Comunista respondería con “verdadera heroicidad”. Esto afirmó el PC en agosto de 1973, cuando todo el mundo hablaba de “guerra civil”, de necesidad de preparación militar, de armarse para la defensa del proceso, etcétera. La postura pública del Partido Comunista despertó esperanzas entre las masas, particularmente entre su base obrera. Esto parecía empatar con las circunstancias que se vivían, que no solo indicaban la necesidad de preparar aparatos armados selectos, sino también de predisponer el ánimo de las masas, redoblar la toma de confianza en sus fuerzas para enfrentar eso que se creía iba a llegar, la guerra civil.

Sobre la guerra civil tendrán que decirse aún muchas cosas en Chile, ahora más que antes, cuando la reacción interna e internacional derrotó al pueblo haciendo uso de la mayor campaña de violencia que se había conocido en toda la historia contemporánea de la lucha social en América Latina. Lo que sí ha

quedado bien claro es que todas las experiencias mundiales que nos da a conocer la historia, tanto las experiencias de triunfos como las de derrotas a las fuerzas revolucionarias, fueron subestimadas por los dirigentes de la Unidad Popular y por el propio presidente Allende. Entre julio y agosto de 1973 en Chile se habló tanto del tema sin remitirse a lo que el proletariado mundial nos entregaba, unas veces como experiencias y en otras como teorías de la guerra civil. Se le presentó a este asunto únicamente desde el lado trágico –algo que necesariamente conlleva–, pero sin poner en claro que la burguesía chilena y el imperialismo preparaban una arremetida violenta y total, sin importarles que entonces correría sangre del pueblo chileno, ante lo cual se debía preparar a las bases de la Unidad Popular y en el momento preciso tomar la iniciativa. Lo que hizo aquella dirección política del proceso fue todo lo contrario. Claro, en esos meses aquella dirección ya estaba resquebrajada. Quizá por eso no sea pertinente hablar, como en otras ocasiones anteriores, de una dirección del proceso. Desde el momento que no se aprovechó la crisis inmediata posterior al 29 de junio, se perdió la iniciativa, se debilitaron las fuerzas, se dejó una ancha brecha en el campo de la lucha de clases para que transiten por ahí con relativa facilidad las fuerzas reaccionarias y golpistas.

El precio de una guerra civil es sumamente alto para las masas y para todo un país. Pero si se entendía que este desenlace era inevitable, correspondía prepararse para tomar la iniciativa y ganar esa guerra lo más pronto posible y con el menor costo en vidas humanas. Al final advino la anunciada avalancha reaccionaria, el fatídico 11 de septiembre, y el resultado de la violencia reaccionaria fue de miles de muertos y desaparecidos entre el pueblo chileno.<sup>3</sup> Todas sus organizaciones de masas y sus organizaciones políticas han sido destruidas, sus restos que quedaron con vida son perseguidos a muerte, ha sido liquidada toda posibilidad de resistencia, de acumulación de fuerzas revolucionarias, por lo menos durante algunos años más. Sobre esa circunstancia en torno a la guerra civil, el MIR desarrolló entre julio y agosto una campaña intensa de propaganda, encabezando una corriente política que defendía la tesis de que la guerra civil debía ser primero parada y luego ganada; de que había que cortar de manera definitiva las alas a la derecha golpista, haciendo uso preciso de la estrategia y las tácticas militares. Así mismo, el MIR sostenía que había que ganar políticamente en la coyuntura,

---

3 El informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación –más conocido como Informe Rettig– presentado en febrero de 1991, contiene relatos sobre violaciones a los derechos humanos y sobre los métodos empleados en dichas violaciones, la selección de las víctimas, los métodos de represión, la forma de garantizar la impunidad y las instituciones responsables. La Comisión recibió algo más de 3.400 denuncias y clasificaron como víctimas de la violencia política a 2.279 personas (Nota de los editores).

apoyándose en el poder popular armado, apuntando a liquidar totalmente a las fuerzas de la reacción.

Recuerdo que luego de la crisis de junio, entre personas que pertenecían a la dirigencia obrera del Partido Comunista se afirmaba que el partido estaba en capacidad de armar a medio millón de obreros, una fuerza suficiente para enfrentar con posibilidades de éxito a la ofensiva militar de la reacción durante un lapso no muy largo. No obstante, al parecer nadie sabía cómo manejar un arma, no sólo por las deficiencias en el campo de “el arte de la guerra”, sino, incluso, por la falta de un plan estratégico de acción militar, por lo que se sostenía que, si ese momento llegara pronto se debería tener confianza en el partido, en su capacidad de reacción militar y en el poder de la clase obrera. En suma, dentro del Partido Comunista de Chile sobraba la confianza. Enfoque que hizo creer durante algunos días posteriores al golpe del 11 de septiembre, que el Partido Comunista Chile iba a jugarse entero en un momento preciso y que, entonces, le correspondería el papel determinante en la nueva etapa de lucha armada y de defensa del proceso popular. Los militantes de ese partido creían aquello. Subjetivamente estaban preparados para afrontar las nuevas condiciones, pero a la hora de la hora, no sólo que el PC falló, sino que cedió el peso de la iniciativa a los golpistas y tomó el camino de la retirada.

Todo lo que parecía ser una inteligencia táctica madurada en decenas de años de lucha, con grandes y dolorosas experiencias internacionales como las de la Guerra Civil Española, resultó ser, en definitiva, una cruda verdad: tampoco el Partido Comunista Chileno estaba a la altura de las nuevas circunstancias que se habían creado a lo largo de los tres años anteriores, durante el gobierno de Salvador Allende; las que exigían que en determinado momento una decisión estratégica radicalmente diferente, en concreto, asumir un compromiso definitivo y hasta las últimas consecuencias, con las aspiraciones de las masas chilenas, de proseguir su proceso al socialismo.

Para concluir, en Chile no falló la teoría de la lucha de clases. La derrota sufrida más bien la ratifica. En Chile no fallaron las masas, ellas aportaron decenas de años de lucha política por la conquista de su gobierno popular, aunque luego constataron en carne propia que la reacción no cedería pacíficamente a las razones de la historia de ese país. Las masas chilenas estuvieron dispuestas a defender sus conquistas a cualquier precio y profundizarlas, utilizando, por último, el único medio que les sobraba cuando la derecha atacó con todo, esto es, la fuerza de las armas. En Chile falló la conducción política del proceso. Al respecto, se constató que los partidos cuya tradición fundamental había sido la lucha legal y

parlamentaria, mediante la cual se pudo lograr más de un triunfo significativo, como fue la derrota electoral a la reacción chilena en 1970, esos partidos difícilmente pueden transformarse cualitativamente en el momento en que la lucha de clases exige dar un paso adelante. Entonces, esos partidos se constituyen –por lo contrario– en un obstáculo objetivo para la marcha ascendente al socialismo. El propio peso que esos partidos adquirieron históricamente entre las masas, durante los largos años de lucha legal y parlamentaria, coadyuva a la postre para que la balanza de la lucha se incline –por desgracia– no a favor de las masas.

En Chile se comprobó una vez más que amplios sectores socialistas, educados en la lucha legal y parlamentaria, enajenaban su conciencia política a las conquistas que en este plano habían alcanzado junto con el Partido Comunista; y principalmente, ese gran aparato dirigente en los distintos niveles de la organización se fue rezagando en relación con el ascenso de la conciencia revolucionaria de las masas.

De su parte, el MIR y varios grupos pequeños de militancia revolucionaria, como los trotskistas, parecían proyectarse como la alternativa de dirección en los momentos que el ascenso de la lucha de clases exigía una posición radical. Pero tampoco supieron resolver las contradicciones con el bloque hegemónico de la izquierda, donde destacaban el PC y el PS. El MIR era la organización más representativa del ala de izquierda del proceso chileno, como tal se fue adaptando mejor que los otros partidos al ascenso del proceso político y adquirió fuerza en el transcurso de los tres años del gobierno popular. Sin embargo, no comprendió el proceso con toda su amplitud y complejidad. El MIR agudizó contradicciones existentes con el Partido Comunista, principalmente, lo que hizo no solo que desperdiciara fuerzas en campañas de ese tipo, sino que le llevó a una situación en la que no acumulaba la suficiente fuerza entre las masas como para obligar a la conducción de la Unidad Popular a cambiar su enfoque legalista del proceso o, si no, a desplazarse de la dirección. Esto no sucedió con el MIR, que demostró falta de madurez política en el trato de las contradicciones con la Unidad Popular en el seno de las masas.

24 de febrero de 1974.